

GIULIA, RELATO DE UNA PASIÓN TRUNCADA.

Albert Domingo Curto

“Todo se goza este huerto con tu venida ...”

Melibebe, *La Celestina*, decimonono auto.

Aunque la llegada de Giulia Adinolfi (1930-1980) a España durante la segunda mitad de los años cincuenta fuera motivada por un interés eminentemente académico, al tratarse en principio de una mera estancia de estudios, muy pronto quedó claro para ella que su vida futura, a partir de ese momento, quedaría ligada a España y más concretamente a Barcelona. Es probable que la luminosa similitud entre aquella Nápoles de sus primeros años y la ciudad catalana, en la que viviría el resto de sus días, fuera un acicate más en la toma de aquella compleja y difícil decisión. El bagaje personal y cultural con el que llegó por primera vez, sin todavía haber cumplido los treinta años, era de una riqueza y precocidad muy considerables. Originaria de una familia culta y viajada que, por razones derivadas del trabajo del padre -empleado de banca-, había pasado largas temporadas en la mussoliniana Abisinia, en el cuerno de África, Giulia conocía bien la situación político-cultural de la realidad italiana de posguerra, desde la atalaya real que significaba el barrio residencial de su infancia y adolescencia -el Vomero-, desde el que se domina buena parte del litoral de la Campania y toda la bahía de Nápoles.

En forma muy sintética, podría decirse que en el periodo que va desde la segunda mitad de los años cuarenta hasta su marcha a España son fundamentalmente tres los ejes político-culturales en torno a los que se desarrollará la formación intelectual de Giulia: su formación universitaria, su paso por el *Istituto Italiano per gli Studi Storici* y su militancia comunista. El primero de ellos hace referencia a su interés y dedicación por las diversas disciplinas de la especialidad de *lettere*, por las que ya se había sentido atraída durante los últimos cursos del *Liceo* y que le llevaron a realizar estudios universitarios de Filología en la *Università degli Studi di Napoli Federico II*, especializándose en Lengua y Literatura hispánicas. Sin lugar a duda, uno de los profesores que más debió influir en esta elección fue Salvatore Battaglia (1904-1971), profesor ordinario de filología y de literatura italiana de aquella universidad durante tres décadas y director de la revista *Filologia Romanza* desde su inicio, en 1954. Originario de Sicilia, Battaglia es hoy recordado en Italia, a parte de por sus obras de análisis y de crítica literaria -desde los clásicos medievales hasta algunos autores modernos o contemporáneos (p.e. Leopardi, Manzoni, etc.), fundamentalmente por haber sido el artífice e impulsor, desde 1961, del *Grande dizionario della lingua italiana*, conocido popularmente como “il Battaglia”, obra magna de carácter etimológico e historiográfico realizada por un gran equipo de especialistas y culminada con la publicación del último volumen (el que hacía el número 21) en el año 2002. Sería precisamente

Salvatore Battaglia quien le entregaría a Giulia, poco antes de su primer viaje a España, una carta de presentación para el profesor de la Universidad de Barcelona Martín de Riquer quien, a su vez, la pondría en contacto con el grupo de intelectuales jóvenes entre los que conocería a su futuro compañero Manuel Sacristán.

Una vez terminada la licenciatura universitaria, y a propuesta de Battaglia, Giulia accede en 1953 a una beca de estudios otorgada por el *Istituto Italiano per gli Studi Storici*. Era éste, por aquel entonces, un centro de reciente creación, fundado por Benedetto Croce al término la Segunda Guerra Mundial con la ayuda de importantes mecenas (como el rico financiero amigo de Togliatti Raffaele Mattioli) y de varias instituciones bancarias italianas. La sede del *Istituto* estaba en unos locales de su propiedad, junto al propio domicilio, en el céntrico y suntuoso *Palazzo Filomarino*, construido durante el *Cinquecento* y en el que por algunos años, durante la primera mitad del siglo XVIII, había dado clases particulares a un príncipe napolitano -de la influyente familia Rocca- el filósofo Giambattista Vico, en la época en la que redactaba su *Scienza Nuova*. Croce, con ochenta años cumplidos y una enorme experiencia política a sus espaldas -recordemos que llegó a ser senador de la República y ministro de educación pública-, se había convertido en toda una leyenda viva del antagonismo a la barbarie del fascismo. Había puesto en marcha el *Istituto* en 1946, dando inicio las actividades académicas al siguiente año. Su intención al fundar la institución era la de poner en práctica un viejo sueño, interrumpido durante más de veinte años por los avatares de la política reaccionaria italiana y por el desarrollo de la guerra, con el que pretendía dinamizar la actividad cultural de las nuevas generaciones de jóvenes intelectuales, a partir de una concepción liberal y progresista burguesa, en la que se hacía especial hincapié en el estudio de la filosofía, de la filología y de la historia. Croce representaba en aquellos momentos el máximo exponente, probablemente incluso en toda Europa, del idealismo historicista que impregnaba buena parte de la filosofía académica. El estilo filosófico de su *Estética* (1902) influyó intensamente en el perfil académico, en los parámetros de la percepción cultural e incluso dejó una huella reconocible en la lógica discursiva de varias generaciones de intelectuales italianos.

Croce murió en noviembre de 1952 en su casa del *Palazzo Filomarino*, muy pocos meses antes que Giulia fuera becada por el *Istituto* y tuviera ocasión de frecuentar asiduamente la enorme biblioteca que el filósofo había cedido a los fondos de la institución, ubicada en el mismo edificio. Dicha biblioteca -que, al parecer, en aquel momento contaba ya con más de 80.000 volúmenes y que pocos años después llegaría a albergar más de cien mil, gracias a diversas ayudas económicas extraordinarias de la Fundación Rockefeller- era especialmente rica en obras literarias y de filosofía, y entre sus fondos se encontraba una magnífica representación de las obras clásicas de la literatura española, así como ensayos históricos y filológicos referidos a las mismas. La hispanista italiana Rosa Rossi, amiga de juventud de Giulia, se ha hecho eco de aquella empresa

intelectual que representaba el *Istituto Italiano per gli Studi Storici*: “ (...) era una institución absolutamente elitista, típica de los momentos en que la burguesía se daba cuenta, en aquellos años, de que tras el paréntesis fascista necesitaba activar la investigación en todos los campos si no quería dejar al país entero en un atraso torpe”.⁶¹

Quizás uno de los elementos documentales, hoy todavía conservados, que mejor atestigua la relación directa de Giulia con el *Istituto* sea un borrador de dedicatoria -escrito de su mano sobre un ejemplar de uno de sus artículos- para Alda Croce, la hija del filósofo, que durante aquellos años formaba ya parte del consejo directivo del centro. En dicho borrador puede leerse como, una y otra vez, Giulia ensaya diversos intentos de dedicatoria: “ alla Sig.ra Alda Croce con profonda gratitudine”, “alla Sig.ra Alda Croce con la più viva gratitudine”, etc.

El fruto intelectual de los dos cursos en los que Giulia trabajó como becaria en el *Istituto*, entre 1953 y 1955, son los dos ensayos académicos más elaborados y extensos que publicara a lo largo de su vida. El primero, antes mencionado, lleva por título “La “*Celestina*” y su unidad de composición” (1954). Es éste un texto de medio centenar de páginas, en el que se argumenta y justifica con detalle la paternidad o autoría individual de aquella obra en la persona de Fernando de Rojas. El artículo esboza una fina contextualización del momento histórico y cultural, sin dejar de señalar desde las primeras páginas la importancia de una cuestión no baladí en la caracterización del perfil del autor: “uno de esos elementos históricos tan preñados de significado y de consecuencias, que influyen decisivamente en el desarrollo de una personalidad humana: el autor de la *Celestina* era un judío converso”.⁶²

El segundo ensayo en el que Giulia estuvo trabajando durante el curso 1954-1955 apareció publicado al siguiente año en la misma revista -dirigida por Battaglia- y está dedicado a un tema muy distinto del anterior: “Las “*Cartas Marruecas*” de José Cadalso y la cultura española de la segunda mitad del *Settecento*”.⁶³ En esta ocasión, la preocupación inicial será la de establecer correctamente la ubicación de aquel autor en el peculiar ambiente intelectual español del momento, marcado por una curiosa mezcla de provincianismo y casticismo decadentes, pero asimismo salpicado de ideas ilustradas recogidas y difundidas por autores como Feijóo y el propio Cadalso. Así, por ejemplo, el artículo expone algunos interesantes paralelismos entre la reflexión política insinuada en las *Cartas Marruecas* -fundamentalmente en torno a los conceptos de *lengua* y de *nación*- y

⁶¹ Rosa Rossi, “Sobre Giulia”, *mientras tanto*, nº 94, de primavera de 2004, p. 15.

⁶² “La “*Celestina*” e la sua unità di composizione”, *Filologia Romanza*, Anno I, Fasc. 3º, 1954, p. 24. Las expresiones en cursiva están en castellano en el original.

⁶³ “Le “*Cartas Marruecas*” di José Cadalso e la cultura spagnola della seconda metà del *Settecento*”, publicado en *Filologia Romanza*, (Anno III, Fasc. 1º, n. 9, 1956, pp. 30-83).

la consideración que de los mismos hacían en la misma época algunos enciclopedistas franceses. Giulia, apoyándose en una abundante muestra documental, verá en el autor español “una indiscutible deuda con Montesquieu” y unos claros “ecos de Rousseau”.

El tercer perfil político-cultural que configura la personalidad *napolitana* de Giulia, tal como ya hemos mencionado anteriormente, gira en torno a su temprana militancia comunista. Antes de cumplir los veinte años, probablemente ya en la época adolescente del *Liceo*, Giulia había entrado en contacto con los activos círculos de izquierda de Nápoles y había pedido el ingreso en el PCI. Durante los largos años del fascismo y de la guerra mundial el partido había tenido que actuar en condiciones muy duras de clandestinidad y, hacia finales de los años cuarenta, con la llegada de una nueva situación histórica, era muy notable su presencia en la vida cotidiana de la ciudad. En el ámbito de la universidad, como es natural, la actividad política era especialmente manifiesta y a menudo se organizaban foros en los que se reunían y debatían profesores y alumnos. Es probablemente en esos debates donde Giulia coincidirá por primera vez con alguno de los intelectuales comprometidos de mayor relevancia que dejarán huella -algunos como militantes orgánicos, otros como simples compañeros de viaje- en la estrategia y en el perfil público del partido. Uno de aquellos foros universitarios, quizás el más influyente por aquellos años, conocido como el “Gruppo di Studio Antonio Gramsci”, se reunía habitualmente los lunes por la tarde en el primer piso de la *Facoltà di Lettere*, en la que estudiaba Giulia. Alguno de los personajes -alguno de ellos casi de leyenda- que participaban con asiduidad en dichas reuniones, presididas habitualmente por el profesor Nino Cortese y por el representante del grupo de estudio, el biólogo Guido Piegari, se han convertido años después en los protagonistas de un sobrecogedor libro del novelista Ermanno Rea, que lleva por título *Misterio napolitano. Vida y pasión de una comunista en los años de la guerra fría*.⁶⁴ Rea conoció de primera mano las discusiones de los conocidos como “lunes del Gramsci”, así como los avatares personales y políticos de muchos de sus ponentes y participantes habituales. Entre ellos, a parte de la escritora y poetisa Francesca Spada -que, por otro lado, es la protagonista del mencionado libro de Rea-, solían asistir a dichas reuniones, entre otros, el matemático Renato Caccioppoli y el médico y redactor de la sección napolitana del diario *Unità*, Renzo Lapicciarella, amigo de Giulia desde esa época hasta los últimos años. Aunque Caccioppoli, jovencísimo catedrático de Análisis Algebraico en Padua y después de Análisis Matemático en Nápoles, no tuvo nunca el carnet del partido, era persona políticamente muy activa y cercana al mismo, a pesar de mantener algunos desacuerdos importantes, como fue el caso de sus duras críticas, expresadas públicamente, cuando en 1956 -tres años

⁶⁴ *Mistero napoletano. Vita e passione di una comunista negli anni della guerra fredda*, Torino, Einaudi, 1995.

antes de su suicidio- las tropas soviéticas invadieron Hungría. Se da la circunstancia que este intelectual comprometido y especialmente inconformista, fundador de la organización unitaria de izquierdas *Partigiani per la Pace* y de un influyente cinefórum napolitano, el *Circolo del Cinema*, era nieto del anarquista ruso Mijail A. Bakunin, legendario antagonista de Karl Marx en los años de la Iª Internacional, el cual vivió exiliado durante algunos años en Nápoles, ciudad en la que siguieron viviendo sus dos hijas, siendo la mayor la madre de Renato. Por lo que hace a Renzo Lapicciarella, amigo íntimo de éste último y persona que desde muy joven había ostentado importantes cargos de responsabilidad en la organización del PCI -como ideólogo y a la vez como gestor-, llegó a ser durante los años *barceloneses* de Giulia, junto a su entrañable compañera, la hispanista y novelista Rosa Rossi, uno de sus más importantes interlocutores e informadores directos de la situación político-cultural italiana. De hecho, en los frecuentes viajes de visita familiar que Giulia realizaba a Nápoles, prácticamente cada año, siempre reservaba algunos días para recalar en Roma, en el enorme y luminoso ático que Rosa y Renzo compartían en la *Via dei giornalisti*.

A parte de lo anterior, también es preciso comentar una experiencia personal que durante los primeros años cincuenta dejó cierta huella en Giulia, y a la que años después se referiría en repetidas ocasiones. Se trata de una estancia de trabajo como maestra rural, por algunos meses, en un pueblecito de la zona de Perugia, en la región italiana de Umbría. En las difíciles circunstancias de la posguerra europea y en tierras de la Italia profunda, contaba ella como cada mañana, al pasar lista en clase y observar algunas faltas reincidentes, se veía obligada a dar aviso a los *carabinieri* para que fueran a los domicilios de ciertos alumnos, con el fin de convencer a las familias, en ocasiones por la fuerza, que sus hijos debían acudir diariamente a la escuela y no a las labores del campo. No cabe duda que ese contacto directo con una realidad social pobre y culturalmente atrasada significó una radical toma de conciencia que le acompañaría a lo largo de toda su vida, también años después, a la hora de analizar y ponderar algunos aspectos de la situación socio-política española.

Tras su boda con el filósofo Manuel Sacristán, en el verano de 1957, la vida de Giulia sufrió un cambio considerable. El ambiente político-cultural barcelonés en el que empezó a desenvolverse a partir de aquel momento, marcado por las condiciones impuestas por el fascismo y por la dura represión policial del régimen franquista, nada o muy poco tenía que ver con el clima de participación y de debate abierto que ella había conocido en la universidad italiana. Muy poco después vendrían los tiempos de la maternidad y de la educación de su única hija, en los que combinó esa tarea con una intensa labor personal de lectura, de reflexión y de discusión. El fruto de dicha labor, que no llegó a ver la luz más que en contadas ocasiones -como es el caso de algunos artículos publicados en la prensa clandestina-, ha permanecido en buena medida inédito en forma de notas, esbozos y correspondencia. Es de esta época un breve texto, publicado bajo

el seudónimo de Lluisa Vives, en el que Giulia anticipaba algunas de las líneas de reflexión que posteriormente hicieron suyas las primeras organizaciones de mujeres y los primeros círculos feministas organizados tras la guerra civil en nuestro país.⁶⁵ Curiosamente, se daba la circunstancia que, al ejercer Sacristán desde tiempo atrás una activa militancia comunista en el seno del PCE-PSUC, las propias condiciones de la clandestinidad, amén de ciertas regulaciones organizativas del partido, impedían por su condición de matrimonio, que Giulia a su vez pudiera desarrollar una dinámica parecida. Esa situación forzó un peculiar *reparto* de actividades cotidianas entre ambos, según el cual ella hubo de desempeñar durante años la angustiosa y compleja misión de *cómplice en la sombra*, sin a menudo tener conocimiento cierto de las idas y venidas de su compañero. Sin embargo, ello no fue obstáculo para que Giulia llevara a cabo una abundante tarea de incentivación y de organización clandestina del incipiente movimiento feminista (p. e. el denominado *Moviment de Dones Democràtiques de Catalunya*) y que colaborara, como ya se ha mencionado, en la revista cultural del partido, *Nous Horitzons*.

A finales de los años sesenta, y debido en buena medida a la precariedad económica familiar –Sacristán había sido expulsado de la universidad poco antes y la traducción se había convertido en su única fuente de ingresos–, Giulia empezó a dar clases de Lengua y Literatura españolas en *Aula*, una escuela privada de la parte alta de la ciudad, con cierto prestigio entre la burguesía liberal barcelonesa por impartir una educación de corte europeísta y abierto. En 1973 se incorpora a la Universidad Autónoma de Barcelona, en Bellaterra, donde durante varios cursos dará clase de historia de la literatura, de análisis y crítica literaria, etc. A esa época corresponde un artículo suyo en el que aborda una visión retrospectiva de la obra de la escritora catalana Mercè Rodoreda, a partir del análisis crítico de un influyente volumen de cuentos publicado por aquélla en 1967.⁶⁶ Para Giulia aquellos fueron años de una enorme actividad, no sólo dedicada al estudio y a la minuciosa preparación de sus clases, sino también a la discusión política. Resultaban conmovedoras la enorme energía y la pasión por el debate con las que acudía e intervenía regularmente en las inacabables reuniones del colectivo de profesores no numerarios, al que ella pertenecía, así como en las asambleas multitudinarias de su facultad, en las que se iban sucediendo las intervenciones de los representantes de los distintos grupos de extrema izquierda, los cuales habían proliferado en gran

⁶⁵ Lluisa Vives, “Per un plantejament democràtic de la lluita de les dones”, en *Nous Horitzons*, nº 12 de otoño-invierno de 1967, pp. 30-34.

⁶⁶ Se trata de “*La meva Cristina i altres contes*, dins l’obra de Mercè Rodoreda”, reimpresso en *Nous Horitzons*, nº 62 de abril de 1980, pp. 12-17.

medida poco tiempo antes de la muerte de Franco.

Dos recuerdos personales de aquellos años pueden ofrecer al lector o lectora de estas páginas un pequeño fresco de la personalidad de Giulia. El primero es de la primavera de 1975, cuando el adolescente que era entonces quien ahora firma estas notas, con total ingenuidad, una tarde la interrogó sobre cuáles eran, a su parecer, los clásicos indispensables de la literatura española. Giulia, tras pensarlo unos instantes, se levantó del sillón para acercarse a las estanterías de su estudio. Pocos minutos después iba depositando sobre la mesa, frente a mí, el *Lazarillo de Tormes*, *La Celestina*, una pequeña antología de obras de Gil Vicente, los *Artículos* de Larra y *La Regenta* de Clarín. Tras una pausa para tomar aire, empezó a justificar detenidamente su elección, en la que probablemente haya sido una de las horas más fecundas y fascinantes de toda mi vida. El segundo recuerdo es de unos pocos años después, en el acto de constitución de la Federación de enseñanza de Comisiones Obreras, cuando desde la primera fila del abarrotado salón de actos del Colegio de Licenciados de la Rambla de Catalunya, en Barcelona, Giulia, mediante ostentosas señas y miradas, iba indicando a Sacristán, que estaba sentado entre los ponentes, su parecer sobre lo que debía decirse y hacerse en cada punto de la discusión.

A mediados del curso 1978-79, Giulia se vio obligada a interrumpir definitivamente sus clases en la universidad, tras numerosas y repetidas ausencias del aula, debido a problemas de salud. El agravamiento de la enfermedad durante su último año de vida propició intensas y esforzadas muestras de solidaridad y de cercanía entre el numeroso grupo de amigas y amigos que gozamos de su cercanía. Hasta el último momento, ya iniciado 1980, siguió colaborando con el colectivo editor de la revista *mientras tanto*, donde fueron apareciendo, algunos de ellos ya póstumamente, los breves escritos y esbozos que contenían sus reflexiones de los últimos años. Así, en un texto que a causa de sus precarias condiciones físicas ya sólo pudo dictar a su compañero, muy pocas semanas antes de su muerte, acaso pensando también en su propia experiencia personal, afirmaba lo siguiente sobre las particularidades históricas del trabajo doméstico: “El no haber reconocido el carácter imprescindible del trabajo doméstico ha sido la gran trampa con que se ha escamoteado a las mujeres el hecho de su trabajo, la trampa que ha hecho posible frases como “la mujer no trabaja”. El hecho de que no fuera mercantil ha quitado al trabajo de la mujer la cualidad de trabajo. Parir un hijo no es trabajar; criarlo sí lo es”.⁶⁷ Sin lugar dudas, no somos pocos los que seguimos echando en falta, un cuarto de siglo después de su muerte, la vitalidad y el coraje de su compañía y de su ejemplo.

⁶⁷ De “Esquema sobre el trabajo doméstico”, *mientras tanto*, nº 3 de marzo-abril de 1980, p. 20.